

# RONCESVALLES

POR EDUARDO MAULEON

Cuando esta mañana he subido al puerto de Ibañeta éste se hallaba envuelto por la niebla; por esa niebla espesa, húmeda, quieta, que parece ser, casi siempre, el complemento imprescindible del paisaje de este lugar.

El telesquí de arrastre no funciona. Todo aquello está desierto, silencioso, tremendamente triste.

Zigzagueando por la nieve he subido a la montaña dejando atrás las nieblas de Ibañeta.

Los árboles que aquí contemplo tienen en estos momentos un aspecto fantástico. Son unas hayas pequeñas y gruesas y la nieve que descansa sobre sus ramas, se han convertido, por mor al frío y la ventisca, en cristales pulimentados que presentan las formas más irreales y bellísimas que cabe imaginar.

Me voy por la otra vertiente de la montaña. Descendiendo entre bosques de hayas, hacia el fondo de un barranco que parece no terminar nunca. Después de este barranco, con nieve abundante y blanda me salen al encuentro vaguadas, montes, árboles y presuntos caminos, que me dejan sin aliento. Para completar la fisonomía del paisaje por el que discurro, comienza a nevar con verdadera furia. Y la niebla de Ibañeta se extiende cuanto puede...

Cinco horas después me hallo secándome la ropa en el confortable hogar de Roncesvalles.

Me he ido a visitar la Colegiata. Dentro de la Iglesia apenas se siente el frío. Encima del altar que está sustentado por columnas de blanquísimo mármol, se halla la Virgen de Orreaga, patrona del Pirineo, cuya imagen data del siglo XIII.

Detrás del altar, en forma de media luna, se halla la Sillería. El silencio de la amplia nave se interrumpe a pequeños intervalos, cuando un anciano canónigo, sentado en el centro de la Sillería, pasa las hojas de un grueso libro.

También hasta aquí llegan las apagadas voces de un grupo de esquiadores que patinan en la llamada pista de los Canónigos. De entre los gritos siempre sobresalen los de alguna mujer. Estoy convencido de que ésta que ha gritado ahora lo ha hecho por algún motivo la mar de tonto: bien porque se le ha ido un esquí por delante o porque algún compañero se ha caído en la nieve de forma que haya parecido haberse dado de una sola vez el tortazo correspondiente a dos veces. Todo esto estoy pensando mientras contemplo la figura yacente de no sé qué Obispo.

Fuera de la Iglesia, en el saledizo de un viejísimo edificio, hay una górgola rota por la que cae un intermitente chorro de agua que salpica toda la acera. En aquellos estrechos pasajes suena aquello como si se estuviera en el interior de una caverna.

Acompañado de un Canónigo he ido a ver el tesoro de la Colegiata. Allí dentro se admiran unos fragmentos de las célebres cadenas conquistadas para su escudo, por el rey Sancho el Fuerte en la batalla de las Navas de Tolosa. Una maza pesada y enorme del mismo rey. Cuando intento manejar esta maza, cosa imposible para mí, pienso cómo debía ser este rey que con una sola mano la hacía girar sobre su cabeza para descargarla sobre los cráneos de los sarracenos.

Hay también un cuadro atribuido a Morales el Divino; un capillo bordado, regalo de Santa Isabel de Portugal; vasos sagrados muy antiguos; un tríptico fla-

## PYRENAICA

menco, regalo del Duque de Orleans. Las famosas zapatillas de Turpin, del que cuenta la leyenda las perdió en la Rota de Roncesvalles; un evangeliano con cubierta de plata sobre el que juraban los reyes de Navarra, arquetas, joyas, un relicario de Carlomagno, la riquísima biblioteca...

Cuando dejo Roncesvalles la niebla juega veloz entre los árboles de los maticos. Sobre el parabris del autobús tamborilea una nieve helada y menudita...

